

dominarse para dar las gracias por los calurosos elogios que le tributaban los ministros y demás personas que había en torno suyo.»

Lord Hotham hizo cuanto pudo por contrarrestar en su réplica aquella catarata de argumentos y ejemplos con que quedó aplastada su desdichada proposición. Pero fué en vano. En la Cámara de los Comunes había doscientas personas, por lo menos, que habían ido allí para oír á Macaulay, y que no sabían del asunto sino lo que él tuvo á bien decirles. La proposición fué rechazada por 224 votos contra 123. Veinte años después el acta que creaba el Tribunal Supremo de la Judicatura realizaba al fin el pensamiento de lord Hotham. La parte del acta que prescribía la exclusión del archivero mayor de la Cámara de los Comunes fué aprobada, sin oposición ni discusión, en el Parlamento de 1873. El contraste entre la adhesión entusiasta á las opiniones de Macaulay por parte de una Cámara, que había oído esas opiniones expuestas por él mismo, y la unanimidad, en sentido contrario, de otra Cámara, en que él no estaba ya presente, constituye el más alto y espontáneo elogio que ha podido tributarse á la fama y al genio de un orador.

Lo que dice el mismo Macaulay acerca del caso prueba el poco tiempo que concedió á la preparación de ese discurso, notable, aun entre los suyos, por la riqueza del fondo y la perfección de la factura. Consagró dos mañanas á proyectar lo que había de decir en una ocasión que miraba como crítica por razones personales y públicas. En la noche anterior al debate escribe: «He pensado en el *bill* de lord Hotham. Vino Craig, y estuvo dos horas conmigo. Por lo que me dice, las cosas marchan en Edimburgo lo mejor que cabe. Por la noche volví á pensar en el *bill*. Es-

taba intranquilo y temiendo un completo fracaso; y, sin embargo, hay que correr el albur.

*Miércoles 1.º de Junio.*—Día de penosa inquietud y de gran éxito. Creí que fracasaría; y, aunque ahora ningún fracaso puede destruir mi reputación, basada en otros triunfos que los del Parlamento, el revés me hubiese mortificado hondamente. Me contrariaba ver la expectación que había, y no pensaba poder hablar bastante bien para satisfacerla. Sin embargo, salí adelante. Primero se emplearon tres horas en un proyecto de ley penal irlandesa, y después vino el *bill* de exclusión de los jueces. Drummond propuso aplazar la tercera lectura durante seis meses, pero no anticipó nada importante de lo que á mí me había ocurrido. Cuando él se sentó, no se levantó nadie. Se oyó decir: «¡A votar!» Entonces me puse en pie. La Cámara se llenó, y guardó un silencio sepulcral: dura prueba para los nervios de un hombre que, tras una ausencia de seis años, vuelve á una escena donde en otro tiempo había desempeñado un gran papel. Yo me hubiera desconcertado más si hubiese sabido que estaban en la tribuna mis queridas Ana y Margarita. Se habían hecho con papeletas, pero me ocultaron su intención, para que, si sufría un contratiempo, no supiese que habían sido testigos de él. Hablé con mucha facilidad; gran aplauso, y más que aplauso, éxito completo. Derrotamos á lord Hotham por más de cien votos, y todos me atribuyen la victoria á mí. Me felicitaron calurosamente todos mis amigos y conocimientos. En medio del primer tumulto de aplausos me entregaron una esquila de Margarita diciéndome que ella y su mamá estaban arriba. Subí, y las ví tan cariñosas y tan contentas. Haberles proporcionado un placer es para mí la parte mejor de este triunfo. Claro

es que, además, estoy satisfecho de haber atajado una ley de indole perjudicialísima, y de ver que todavía conservo despiertas y en pleno vigor mis facultades, aun para conflictos públicos. Craig, según me dicen, estaba en la tribuna; y su buen corazón se alegrará de mi triunfo.

Veinte años hacia entonces desde que Macaulay subió al ministerio por la habilidad con que defendió el bill de la India de 1833. En 1853 había llegado nuevamente el instante de la revisión periódica de nuestras relaciones con nuestra posesión oriental; y sir Carlos Word, como presidente del consejo de intervención, presentó un bill que obtuvo la más calurosa aprobación de Macaulay. Alabó éste el valor y el espíritu público con que el ministro propuso al parlamento que de allí en adelante los nombramientos para los destinos de la India fuesen una recompensa otorgada á la laboriosidad y la capacidad, en vez de ser el premio del apoyo político ó patrimonio del interés privado y de las relaciones de familia. El mismo había puesto en el acta de 1833 artículos que reorganizaban el sistema de nombramiento para los destinos de la India sobre la base de los exámenes comparativos (1).

(1) Aún merece leerse el pasaje en que Macaulay explicaba y defendía esos artículos: «Se dice, ya lo sé, que los exámenes de latín, de griego y de matemáticas no son garantías de lo que han de ser en la vida los hombres. Estoy perfectamente convencido de que no son garantías infalibles; pero que son garantías lo sostengo con toda seguridad. Vuélvanse los ojos á todas partes, á esta cámara, á la otra cámara, al foro, á los tribunales, á la Iglesia, y véase si no es cierto que los que alcanzan una alta distinción en el mundo son por lo común hombres que se distinguieron en su carrera académica. La objeción, señor, probaría demasiado, aun para los que la ofrecen. Probaría que no sirve de nada la educación. La educación sería simplemente una tortura inútil, si á los veintidós ó veintitrés

Pero los directores de la compañía de la India oriental ofrecieron entonces una gran resistencia. No se avenían á renunciar sin lucha al más valioso patronato que ha existido en el mundo desde los días en que el senado romano enviaba procónsules y proprettores á Siria, Sicilia y Egipto. Las influencias puestas en juego en Leadenhall Street consiguieron que el proyecto de Macaulay durmiese en las oficinas del consejo de intervención, hasta que las influencias puestas en juego en el parlamento hallaron ocasión de desenterrarle

Desgraciadamente, el *bill* de la India de 1853 no llenaba los deseos de Mr. Bright. Este estadista, movido de noble entusiasmo por la prosperidad del pueblo in-

años, un hombre que hubiese descuidado sus estudios se hallase exactamente en las mismas condiciones que el que se hubiese aplicado á ellos, exactamente en la misma situación para desempeñar todos los cargos de la vida pública con honra para él y provecho para la sociedad. Si el sistema inglés de educación es bueno ó malo, no hace al caso ahora. Yo puedo creer que se concede demasiado tiempo á las lenguas muertas y á las ciencias abstractas. Pero, ¿y qué? Sean las que quieran las lenguas, sean las que quieran las ciencias, sea el que quiera el modo de enseñar en una época ó en un país, las personas que más adelantaban en esas lenguas y en esas ciencias serán generalmente la flor de la juventud: las más perspicaces, las más hábiles, las más ambiciosas de honrosas distinciones. Si en Cambridge se enseñase el sistema de Ptolomeo en vez del newtoniano, el primer premio no dejaría de ser superior en general al último de los alumnos. Si en vez de enseñar griego se enseñase el cheroquí, el que mejor entendiese el cheroquí, el que hiciese los versos cheroquis más correctos y melodiosos, el que comprendiese más exactamente el valor de las partículas cheroquis sería generalmente un hombre superior al que careciese de esos conocimientos. Si en nuestras universidades se enseñara astrología, el joven que mejor combinase horóscopos llegaría á ser por punto general un hombre superior. Si se enseñara alquimia, el joven que buscase más activamente la piedra filosofal, llegaría á ser por lo común un hombre superior.

dio, declaró que el proyecto ministerial servía poco ó nada para promover aquellas saludables reformas que nuestro deber como nación nos exigía realizar, en su sentir, sin pérdida de tiempo. La discusión, en primera lectura, fué poco propicia para el éxito del proyecto de sir Carlos Wood, y Macaulay se alarmó seriamente por la suerte de un *bill*, cuyas positivas ventajas compensaban, á su juicio, cualquier linaje de defectos. Leí el discurso de Wood (escribe el 6 de Junio), y considero el proyecto como un gran progreso sobre el sistema actual. Algunas de las objeciones de Bright son infundadas y otras exageradas; pero el vigor de su discurso hará daño. En la segunda lectura veré si puedo habérmelas con el campeón de Manchester.

El 23 de Junio se procedió á la segunda lectura del *bill* de la India. Sir Carlos Wood pidió á Macaulay que terciase en el debate lo antes posible; pero el estado de su salud exigía que se adoptaran disposiciones especiales para que pudiese hablar. La opresión del pecho no le permitía disponer de su voz durante algunas horas después de comer, y, por otra parte, con su debilidad, no podía estar mucho tiempo por la noche sin tomar alimento. Se deseaba que hablase antes que nadie en la tarde del 24; pero los ministros no estuvieron bastante prevenidos, y á hora avanzada de la noche del 23, Mr. José Hume, pidió el aplazamiento y aseguró la precedencia para él.

Al día siguiente la Cámara estaba de bote en bote. Todos los que se atrevían á hablar al representante de Montrose de tan delicado asunto le rogaban que no se interpusiese entre Macaulay y su auditorio; pero mister Hume replicó que también su pecho andaba débil; que su salud era tan importante como la de cualquier otra persona; que él sabía acerca de la India tanto

como Mr. Macaulay; y, en resumen, que hablaría. A pesar de las seguridades que había dado de que no distraería la atención del auditorio por mucho tiempo, la Cámara le recibió con marcadas muestras de impaciencia. Hume y sus oyentes tenían ideas muy distintas sobre la longitud del tiempo, y el reloj iba á señalar las ocho antes de que se levantase á hablar Macaulay. «Era la hora menos concurrida de la tarde (escribe), pero la Cámara estaba muy llena. Hablé durante hora y media bastante bien—otros dicen que muy bien.—Yo no quedé satisfecho; pero, en resumidas cuentas, salí mejor de lo que esperaba. Estaba muy agotado, sin haber agotado, ni por pienso, el asunto.»

A consecuencia de haberse visto obligado á terminar su discurso brusca y prematuramente, Macaulay no le juzgó digno de un puesto en la edición de sus obras completas. Era demasiado artista para avenirse á apoyar su reputación en una obra sin concluir, y demasiado hombre de mundo para imprimir lo que jamás había dicho. Pero hubiera hecho bien en violentar su gusto literario, publicando como un fragmento la defensa magistral del principio del nombramiento por exámenes comparativos, que ha quedado siempre sin respuesta. Empezó con unas cuantas palabras sobre las relaciones entre el Consejo de intervención y el Tribunal de directores, y luego, por una transición afortunada, pasó de la parte del *bill* referente á las personas que gobernaban la India desde la metrópoli á la parte referente á las personas que la gobernaban sobre el terreno. El criterio—decía—con que me inclino á juzgar este proyecto es el influjo que pueda ejercer sobre el personal de la administración de la India. ¿Elevará ó rebajará la calidad y el espíritu de ese

distinguido cuerpo que provee á la India de jueces y colectores? La cuestión que importaba á la Cámara era examinar el procedimiento, por el cual debían escogerse en lo sucesivo esos funcionarios. Se había hablado de conferir al gobernador general facultades ilimitadas para nombrar á los que le pareciese.

«Hay algo plausible en la proposición de que se le permita elegir hombres capaces donde quiera que los encuentre. Pero yo abrigo la firme convicción de que el día en que el nombramiento del personal deje de estar regulado será el comienzo de una era de nepotismo, del imperio de los abusos más monstruosos y peligrosos que hemos presenciado jamás en el reparto de los favores oficiales. Cada gobernador general llevaría consigo, ó arrastraría pronto tras de sí, una nube de sobrinos, de primos, de amigos, de hijos de amigos y de parásitos políticos; y cada vapor que llegase del Mar Rojo conduciría á la India algún aventurero provisto de recomendaciones de personas influyentes de Inglaterra. El gobernador general tendría en su mano la distribución de residencias, de puestos en el Consejo, de puestos en la Administración de Contribuciones, de plazas de 4.000 á 6.000 libras anuales, á hombres sin la menor idea del carácter y costumbres de los indígenas, y sin más conocimiento del idioma que el estrictamente indispensable para pedir una botella de cerveza ó mandar al criado que tire más fuerte de la *punkah*. ¿De qué modo podéis atajar tales cosas? ¿Habráis de intervenir en ellas vosotros, la Cámara de los Comunes? ¿Tan afortunados habéis sido para extirpar el nepotismo á vuestras propias puertas y para suprimir todo género de abusos en Whitehall y en Somerset House, que os lisonjearíais de afianzar la pureza en comarcas cuya situación no conocéis y cuyos

nombres no podéis pronunciar? Yo creo plenamente que, de ese modo, en vez de llevar la pureza á la India, Inglaterra misma no tardaría en verse inficionada, y que, antes de mucho, cuando un hijo ó hermano de algún activo miembro de esta Cámara fuese á Calcuta, con una carta de recomendación del primer ministro para el gobernador general, esa carta sería realmente una letra librada sobre las rentas de la India por valor recibido en apoyo parlamentario.

«No nos falta experiencia sobre este punto. No hay sino transportarse á aquellos vergonzosos y lamentables años que siguieron á la inauguración de nuestro poder en Bengala. Si consultáis cualquier poeta, satírico ó articulista de aquellos tiempos, veréis de qué modo funcionaba ese sistema de nombramiento. Era fama en Calcuta que, durante la segunda administración de lord Clive, llegó un sujeto con una carta de recomendación de uno de los ministros. lord Clive dijo de la manera que él solía: «Bien, mozo. ¿Cuánto necesita usted?» No estando acostumbrado á hablar tan lisa y llanamente, el hombre contestó que él sólo deseaba un puesto en que pudiesen ser útiles sus servicios. «Esa no es una respuesta (dijo lord Clive). ¿Cuánto necesita usted? ¿Le hacen diez mil libras (1)?» La persona respondió que se holgaría mucho de poder ganarlas mediante un servicio laborioso. Lord Clive extendió inmediatamente una orden por esa suma, y dijo al pretendiente que saliese de la India en el buque donde había ido, y que, una vez en Inglaterra, se quedase allí. Creo que el suceso es muy probable, y creo

(1) He conservado la cantidad que aparece en Hansard; pero es más que probable que Macaulay dijese «cien mil rupias», con arreglo á la versión que en su día circulaba en Calcuta. Cien mil rupias era una cifra favorita de lord Clive.